

guión

La fe está enraizada en los hombres. En su sentido más amplio lo está por definición; porque fe en general es aquello que desde lo más profundo mueve la existencia de cada hombre. Pero también en sentido específicamente cristiano, porque todos de hecho viven siempre bajo la acción de Dios que se les comunica, y no sólo desde fuera sino desde el interior de ellos mismos. La aceptan o no la aceptan, creen o no creen, pero la semilla sembrada a voleo, con derroche, está en todos. Necesita sin embargo crecer. La fe nunca llega aquí en la tierra a ser poseída plenamente. Y en la medida en que es auténtica no es uno quien la posee sino es ella quien posee a uno.

Entre la semilla y el fruto tiene que haber un proceso largo, laborioso, nunca acabado de crecimiento. A este proceso corresponde por parte de los testigos de la fe una labor de pedagogía, de conducción hacia una fe más plena. En parte consistirá en vencer las dificultades que se oponen al crecimiento. En parte, en tratar de dar forma explícita y refleja a lo que ya se tiene.

La pedagogía de la fe tendrá que adaptarse a la situación concreta de cada uno, a sus experiencias vitales, a las condiciones sociales en que vive, a su lenguaje, sin dejarse por ello encerrar en los límites estrechos de cada individuo o de cada época. Tendrá que ser paciente, como el mismo Dios ha sido siempre paciente a lo largo de la Historia, respetuoso con el hombre, sin querer colocar de golpe al que está iniciándose en la situación del que tiene ya sus ojos adaptados a una luz más intensa. La Humanidad ha recorrido, de la mano de Dios, largas etapas hasta llegar al “consumador de la fe”, que es Cristo. Pero las etapas anteriores no se pueden considerar como definitivamente superadas. Quedan —y quedarán— restos de Antiguo Testamento y aun de paganismo, individual y socialmente, entre los cristianos. Unos son conscientes de su propia situación. Son por ejemplo, los cristianos “marginales” (hoy frecuentes), que a pesar de sentirse cristianos tienen dificultades para aceptar incondicionalmente todas las verdades de fe. Pero son también los que creyéndose plenos poseedores de la fe realmente tienen inconscientes residuos no cristianos. Y son de alguna manera todos los que intentan alcanzar a aquél que ya los alcanzó a ellos. La palabra del evangelio: “Si no os haceis como niños”, significa en este caso que para la fe todos necesitamos de una pedagogía (en sentido original: conducción del niño a la escuela).

En su aspecto activo ¿cómo llevar a cabo esta pedagogía? No será ciertamente por la repetición de fórmulas estereotipadas, en las cuales la fe no se deja encerrar. Necesita de palabras y fórmulas, que no sean sólo más o tayas sino patrimonio de la comunidad en que se vive esa fe. Pero el impulso vital, el Espíritu que la anima, le hace romper las fórmulas escleróticas y buscar otras nuevas que realmente expresen lo que se vive, que lleguen al oyente como traducción de una vida y de este modo puedan contagiarla.

Este ha sido el repetido esfuerzo de los creyentes desde los comienzos. Los distintos lenguajes del Nuevo Testamento, la libertad con que sus autores y las distintas tradiciones que hay tras ellos dicen lo mismo en el fondo, pero de muy distinto modo, es testimonio de la fe en el Espíritu multiforme ("septiformis"). Ha sido también el esfuerzo doctrinal de los grandes momentos de la Iglesia (por ejemplo, los concilios), inventando cuando ha hecho falta nuevos modos de expresión y palabras, que siempre al comienzo han chocado. Y es cada día la labor de los que inician en la fe y hacen crecer en ella.

Al desaparecer entre nosotros, casi totalmente, el bautismo de los adultos, ha desaparecido también la "catequesis" como enseñanza que preparaba al bautismo en el catecumenado. Ha desaparecido igualmente una distinción importante en el N.T. entre enseñanza iniciadora y enseñanza superior apropiada a los cristianos adultos en la fe. ¿No estamos suponiendo siempre una madurez sin tener en cuenta el lento y necesario proceso de crecimiento? Sólo ha quedado el "catecismo" como libro. Pero un libro por bueno que sea no basta, y menos para la transmisión de la fe, que tiene que ser primariamente de viva voz y dentro de una adecuada situación en la comunidad. Los mismos catecismos, últimos representantes más o menos felices de la pedagogía de la fe, han quedado desfasados.

Hay que redescubrir esta antigua función de la Iglesia; hay que buscar los instrumentos y el lenguaje que se adapten a ella; hay que recomponer la separación entre doctrina y vida, enseñanza y oración. En la situación actual, en que estamos abocados, felizmente, a una fe cada vez más personalmente vivida, una auténtica pedagogía de la fe será imprescindible.